

CORRER DESNUDA

Jessica Isla*

A la tía Juanita

-Un día de estos, me van a sacar carrera... ¡No van a saber cuando salga corriendo desnuda por en medio del parque con las tetas al aire! ¡Y ese día se van a quedar sin nadie que se preocupe por ustedes! -decía mi madre ante tres pares de ojos que la miraban asustados. Dicho esto, procedía a quitarse la camisa y sacarse el sostén bajo la excusa de no aguantar el calor que nos hacía sudar a chorros dentro de la casa.

Mi madre era un ser extraño, siempre lo fue. Como si fuese una diosa acuática acostumbraba bañarse dos o tres veces al día con agua fría y andar por la casa desnuda de la cintura para arriba una vez que llegaba del trabajo. No usaba ningún tipo de loción, ni desodorante puesto que, para ella, quien usaba este tipo de afeites era porque algún mal olor escondía. Obsesionada con los efectos del calor, cualquier tipo de etiqueta, le producía una alergia violenta en su piel clara, por lo que se cuidaba siempre de usar ropa que fuese exclusivamente de algodón (desde el calzón hasta calcetines pasando por blusa y pantalones). Aparte de eso, era una amazona competente: cuidaba sola de sus hijos y su casa, suturando heridas sin miedo a la sangre y matando culebras, algunas inofensivas, que tenían la desgracia de encontrarnos, en el solar. Luego de perseguirlas sin descanso y asesinarlas, las exhibía enfrente de la casa, para que todo transeúnte pudiese apreciarlas, en un intento de pasar el mensaje de lo que podría pasarles a quienes irrumpían sin permiso, en nuestra casa.

* Escritora hondureña-peruana, nacida en Lima, que al escribir cambia el original apellido Sánchez. Ella misma afirma el 7 de febrero de 2020 en su blog: «Retomo el apellido de mi abuela para escribir: Isla, porque fue la que me enseñó las lecciones de amor incondicional, las mismas que trato de enseñarles a Ambar y Rimay mientras vemos películas de miedo y nos morimos del susto, en un afán de convertirlos en acechadores. Para los ensueños vemos las películas de Hayao Miyazaky». (Sobre mí, s.p. Recuperado de <https://sentidosalterados.art.blog/>)

Así las cosas, la imagen de mi madre como una valquiria guerrera, de pechos pequeños, (exactamente talla 32) estaba grabada en nuestras pequeñas mentes, a sangre y fuego. Como éramos tres hermanos, todos de padres diferentes, ella el único eje seguro de nuestras pequeñas vidas y la posibilidad de que algún día enloqueciera y dejara de ser el motor que nos sostenía, era simplemente impensable.

Sin embargo, mi madre no sería la primera mujer de la familia que enloqueciera y saliera corriendo por las calles. De hecho, mi abuela contaba que una tía suya, muy querida, profesora de escuela para más señas, había llegado una tarde de sus labores de enseñanza y después de comer, mientras todos hacían la siesta, se había retirado a su cuarto y allí, lentamente se había quitado los zapatos y las medias, había ordenado su cama, primorosamente arreglada con las sábanas de los calados que ella misma había hecho, para luego acomodar con devoción en el librero, sus libros de enseñanza y había abierto primero la puerta de su cuarto y luego la de la casa, para arrancar a correr en corpiño y calzones largos, por todo el pueblo, quitándose la ropa interior en la carrera, con las tetas al aire, lanzando cada prenda a la gente que fuera de sus casas, la miraba pasar. Ni qué decir que mi familia la atrapó en cuanto pudo (muy lejos ya del pueblo), le puso ropa y la encerró para siempre. Aún así ella buscaba cualquier descuido para escaparse y calzón en mano, arreciaba la carrera por las calles. Juanita se llamaba, y mi abuela decía nunca explicarse porque había llevado a cabo ese acto: -no tenía necesidad, ni problemas, decía-ningún problema.

Pero con el correr de los años y por la lengua de un primo chismoso, me di cuenta que la tía Juanita tenía un novio que no era muy querido por su familia, por pobre y don nadie, así que los hombres de mi familia le advirtieron que lo dejara ir y que no hiciese escándalo, sin explicaciones. Pero ella, mujer de pocas palabras, solo callaba y salía a verlo, a escondidas, hasta que un día, la turba compuesta por estos hombres la encontró con el flamante novio y frente a sus ojos procedieron a asesinarlo. Según me contaba el primo, todos los hombres de la familia, hasta los hijos de crianza, incluyendo a mi abuelo, dejaron al menos una puñalada en su cuerpo, como muestra filial de su participación y su rechazo. Ella, bajó la cabeza y no lloró, solo procedió a caminar donde la familia del muchacho y decirles que estaba muerto y lo llevasen a enterrar. Demás está decir que no le permitieron ir ni al velorio, ni al entierro y ella siguió dando clases con la misma seriedad de siempre, como si nada hubiese pasado, hasta que una semana después cuando todos creyeron que había aprendido la lección de no mezclarse con castas inferiores, fue cuando echó, a correr para siempre. Desde ese día, hasta su muerte, vivió encerrada, la mayor parte de veces desnuda, solo acompañada de unas gafas grandes que, ocupada para ver el mundo y sus libros, que no se atrevían a quitarle, porque en caso de hacerlo se desataba una oleada de gritos sin final, que nada en el mundo podía calmar.

La imagen de la tía Juanita y la de mi propia madre me encontró un día y debo decir que no por casualidad. Regresando de haber parido a mi hijo, recién me integré al trabajo en una editorial, donde mi jefe me aleccionaba sobre mis nuevos deberes. El cansancio que tenía, desde que tuve a Pedro, no escapaba. Pocas veces pude sentir como el peso del cuidado de otro ser, recaía sobre mi espalda, que literalmente me dolía, ya que todo el trabajo y las horas de no dormir, me pasaban factura.

-Pérez, pásese por la oficina antes de irse, me dijo mi jefe.

-Está bien, señor. ¿Se puede saber el motivo?

-Espérese a las cinco y hablamos.

Así que esperé pacientemente el fin de la jornada y me dirigí a su oficina, donde el tomaba una taza de café.

-Estimada, debo decirle que su rendimiento ha bajado mucho en el último mes.

-Así es señor, tengo un bebé en casa que no para de llorar y no cuento con mucha ayuda.

-¿Y el padre de la criatura?

-Se fue a España a trabajar, aquí conseguir trabajo es imposible. Damos gracias porque yo tengo este empleo, por favor, no me lo quite. Lo necesitamos.

-Lo entiendo Pérez, pero el rezago suyo hace que los otros empleados tengan que trabajar el doble. Domínguez, por ejemplo, tuvo que cubrir el trabajo que a usted le tocaba hoy.

-Si, lo sé, lo siento mucho...

Y justo en ese instante me di cuenta que estaba llorando, justo cuando mis pechos hinchados empezaron a gotear la leche que debería estar dándole a Pedro. Pensé en lo tonta que era en disculparme por algo que sabía que no lo merecía. Una mancha empezó a formarse a los lados de mi pecho y yo, angustiada, pensaba en como detener ese lago de fluidos inesperados que empezaban, casi involuntariamente a manar de mi cuerpo. Una mujer hecha de agua, pensé, una mujer lago, con fondo desconocido. Estremecida por el llanto, no sentí a que hora mi jefe camino hasta estar a mis espaldas y alzar su mano hacia mis hombros, mientras me decía:

-Tranquila Pérez, ya sabe que en esta empresa todo se puede arreglar y yo soy un hombre muy comprensivo.

Mientras decía esto había pasado a hacerme un suave masaje en mis hombros (cosa que francamente agradecí) mientras me decía que la maternidad no tiene porque ser una desgracia, que más bien, tener hijos hace que las mujeres sean más maduras y felices: -Aquí en la editorial sabemos eso Pérez, todo mundo lo sabe. La realización de las mujeres no puede ser completa, si no tienen hijos, me susurró ya casi al oído.

Y justo en ese momento, bajó sus manos de los hombros a mis pechos, acariciándolos, masajeándolos, mientras continuaba diciéndome que por experiencia propia sabía lo difícil que pueden ser los hijos, que el estaba allí para apoyarme y al final, con su boca rozándome la nuca, explicándome lo mucho que necesitaba de unas tetas grandes y gordas como las mías. Que desde que había regresado al trabajo, siempre que me miraba, tenía fantasías con esos, mis recién estrenados pechos de mamá.

De ese momento, recuerdo como empecé a ponerme rígida y lo dejé hacer. Porque seguro nadie le habría contado las fiebres que me asaltaron de sorpresa al bajarme la leche, ni las jaladas de pezones que me daba mi hijo, ni tampoco nadie le habría contado de la enfermera que llegó a apretarme los senos para “destripar” las bolas de leche coagulada que se me habían formado en el pecho cuando Pedro se negaba a mamar. Nadie le contaría que quedé temblando del dolor y que tenía las aureolas de los senos peladas y reseca, razón por la cual, me aplicaba una pomada de manzanilla tres veces al día. No sabría jamás que, a pesar de todos los avances de la ciencia médica, que había inventado pastillas hasta para un dolor nimio, no existía medicamento alguno para apaciguar mis dolores, porque todo estaba pensado para el “bienestar” del niño. O tal vez, lo sabía y le importaba un pepino.

En ese momento fugaz, ese instante donde se ve todo a la vez, también pensé en como se podía vivir la vida, desde dimensiones diferentes. En este caso, las tetas para la realidad, las tetas para la fantasía.

Así que lentamente le fui quitando la mano de mis senos, mientras me deletreaba enronquecido que podíamos llegar a un acuerdo, que ya éramos adultos y nadie tenía porque darse cuenta. Me paré frente a él y sujetando su mano, le acaricié la cara, le dije que estaba bien, que, si eso valía mi trabajo para la empresa, entonces lo que iba a hacer, era lo correcto. Y mientras pensaba en las figuras de mi madre y la tía Juanita, fui agarrando con mi mano libre, la lapicera de su escritorio y se la estampé en la cara. No me quedé a ver que había pasado y corrí a la salida, escuchando sus gritos de dolor, donde la palabra puta y desagradecida, iban y venían. Corrí, sin detenerme al desvencijado ascensor y me metí dentro, con la cabeza y el corazón amenazando con salirse del cuerpo.

Pensé en Pedro y tuve ganas de llorar, pero imaginé a mi madre, sus pechos de amazona y la exhibición de las culebras que solía matar. Llegué al lobby y vi el cartel de la empresa, exhibiéndose impudicamente frente a mis ojos, con su paleta de colores y su calidad de papel ofreciendo el mejor servicio posible. Sentí el dolor de cabeza incrementándose detrás de mis ojos. Ese monstruo que tarde o temprano vendría por mí y fue en ese preciso momento, que lo decidí. Me saqué los zapatos y procedí a quitarme las medias, para luego desabotonar mi camisa y seguir con el pantalón. Los alcanzaron el calzón y por último el

sostén. Desnuda, calibré las fuerzas de mis piernas y la posibilidad de agarre de mis brazos para luego arrancar el rótulo de la editorial y ponerlo a modo de escudo, sobre mi cuerpo.

Aspiré profundo y cerré los ojos, colocándome en posición de carrera. Consciente de ello, inhalé el aire de la ciudad, lleno de humo y olor a cuerpos sudados, a descomposición y desesperanza. Lentamente, puse los pies sobre la acera, arrodillándome en posición de salida y pude escuchar clarísimo, detrás de la oreja, el silbato invisible, imaginario y ancestral que me invita al arranque: “Lista: en uno, dos, tres” ...

En el país de los hospitales imaginarios